

CONVERSACIONES CON JORGE LUIS BORGES

Carlos Monge

Con motivo de conmemorarse el 24 de agosto de 1999 el centenario del nacimiento de Jorge Luis Borges, en estas páginas se recogen dos largas entrevistas efectuadas a comienzos de los años 80. La pasión que sentía Borges por las lenguas antiguas, su visión de la religión, la muerte, el amor, las mujeres, el deslumbramiento con Japón y la eterna fidelidad hacia Buenos Aires, las distancias y cercanías con Neruda y Whitman, la métrica, el modernismo y sus convicciones spencerianas, forman parte de los temas abordados en una conversación que revela su personalidad excepcional.

CARLOS MONGE. Escritor y periodista. Licenciado en Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Autor de dos libros: *Palomita y otros poemas* (Buenos Aires, Ediciones de la Lámpara Errante, 1986) y *Carrera, el húsar desdichado* (Santiago, Editorial Planeta, 1996).

En febrero de 1980, fecha en que tuve la oportunidad de hacerle la primera de dos entrevistas a Jorge Luis Borges, y que luego se publicó en forma parcial en el suplemento dominical del diario *El Día* de La Plata (la segunda se efectuó en agosto de 1982 y hasta hoy permaneció rigurosamente inédita), el escritor era ya una figura cumbre y relevante de la literatura universal, que no requería de ningún Premio Nobel para certificar la autenticidad de su valía. El propio Borges solía bromear sobre la dilatada tardanza en la adjudicación de este galardón, cuyos administradores —la Academia sueca— se empeñaron en ignorarlo hasta el fin de sus días, lo cual, por cierto, en nada empequeñeció su fama ni la profunda impronta de su obra. “Es como el suplicio de Tántalo —dijo, cuando nos vimos obligados a formular esa pregunta tantas veces repetida, que era casi de rigor—: diversos augurios me lo acercan y me lo alejan. Pero parece —añadía, sarcástico— que la tradición escandinava consiste en que siempre seré el próximo en recibirlo. Me lo han prometido tantas veces que el jurado debe creer que ya me lo dio...”

Borges se enfrentaba a la inmortalidad desde el sólido lugar en que lo situaba, de manera total y definitiva, el *corpus* de su producción literaria, que sin duda marca un hito señero en esta centuria. Su consagración, si acaso hacía falta un espaldarazo que confirmara la valoración que hacían de ella desde mucho tiempo atrás sus principales críticos y exégetas, vino de la mano del Premio Formentor, que en 1961 compartió con el irlandés Samuel Beckett. Luego, el número monográfico que le dedicó la prestigiosa revista francesa *Cahiers de l'Herne*, en 1964, dio un nuevo impulso a la circulación, en ámbitos cada vez más masivos, de los textos de este autor crucial que deslumbró a figuras de la talla de Marguerite Yourcenar, Michel Foucault, Émile Cioran, Italo Calvino, Umberto Eco, Leonardo Sciascia o Roger Callois. ¿Cómo no sentir, entonces, cuando al fin estuvimos frente a él, una suerte de temor reverencial ante este octogenario, erudito y sabio, encerrado desde los 56 años en el mismo laberinto de la ceguera que castigó a su padre?

La primera lección que recibimos de su parte fue que los hombres verdaderamente geniales no necesitan ostentar su condición. Ya nos había asombrado cuando al llamar por teléfono a su casa para concertar una improbable cita, nos atendió personalmente desde el otro lado de la línea y no tuvo problemas para recibirnos, un par de días después, en su austero departamento de Maipú y Marcelo T. De Alvear, a pasos de la Plaza San Martín, en Buenos Aires. Al llegar allí, la bienvenida fue cordial. Borges —a quien sólo acompañaba Fanny, la empleada de servicio correntina que,

tras abrir la puerta, se replegó discretamente a sus tareas— nos hizo pasar a la sala y ofreció asiento en unos sillones de felpa verde.

En enero de ese año, el ministerio de Cultura hispano, siguiendo con la ronda de reconocimientos internacionales que cayeron sobre él como una avalancha desde mediados de la década del '60, le había concedido el premio Miguel de Cervantes. Las circunstancias que rodearon ese premio le causaban mucha gracia: “¿Cómo se va a llamar uno de los jurados Joaquín de Entrambasaguas, o lo que fuere...?”, se preguntaba, esbozando una sonrisa que acentuaba la mueca forzada de los no videntes, cuya expresión remeda la de una criatura curiosa que aún no logra enfocar bien su mirada. Su broma sirve para romper el hielo, y a renglón seguido cuenta que recibió un telegrama de congratulaciones firmado por “Juan Carlos Sofía”, fechado en el Palacio de la Zarzuela. “Claro, eran el rey y la reina de España, pero yo creí que era una sola persona...”

El próximo viaje a la península para recibir el premio en cuestión devino, pues, de modo natural en el primer punto en ser tratado durante la charla, la que se prolongó por espacio de tres horas gracias a la generosidad y gentileza de este hombre mayor que se repantiga sobre un mullido sofá y no mezquina su tiempo. Con la actitud de un viejo profesor que ama su trabajo, Borges cruza las manos sobre el pecho o se apoya en algún instante en un báculo de madera que descansa a su lado y busca a tientas, y toma la palabra.

Su discurso estructurado y elegante, salpicado de citas, fechas y referencias librescas, no es nunca una vana acumulación de datos, sino que hilvana oportunas referencias al servicio de ideas claramente expuestas, no exentas, por otra parte, de un toque de leve ironía y distanciamiento. Es el conferencista brillante, el ávido lector por excelencia, el constructor de tramas en las que cualquier exceso ha sido mitigado, quien nos está hablando. Y nos parece asistir a una clase magistral, con un único oyente, que completa con elocuencia esos mundos cerrados propios de su escritura: la lograda parábola de *El Sur*; la sordidez de *Emma Zunz*; la inquietante travesía de *El inmortal*, que es todos y nadie a un tiempo; la alucinante complejidad de sus *Ficciones*...

Borges habla, y sólo hay que guardar respetuoso silencio, conscientes de que estamos frente a un grande de verdad, y que la conversación ha de adoptar seguramente los rumbos que él quiera. Por ahora, dice que está contento de tener que viajar a Alcalá de Henares, donde el 23 de abril le sería entregada la distinción que lleva el nombre del manco de Lepanto. Y que ésta le ha emocionado “muchísimo, porque la he sentido como algo íntimo. He recibido otros honores; tengo la Orden del Halcón de la Repú-

blica de Islandia, y soy doctor *honoris causa* en La Sorbona y en Oxford, y caballero del Imperio Británico, pero esto es distinto. Estos son hombres de letras españoles, que han leído directamente lo que se ha dado en llamar mi obra, y me han juzgado digno de este premio, que fue recibido por primera vez por el gran poeta Jorge Guillén”.

Dice, por último, que le agrada compartirlo con Gerardo Diego, “un amigo mío de los años 20, que era discípulo del poeta chileno Vicente Huidobro. Formaban una secta que se llamaba ‘creacionismo’ y postulaban una poesía que fuera independiente de la realidad objetiva. Aunque, quizás, estoy pensando que cuando una poesía sale bien, existe por cuenta propia... Recuerdo que Diego publicó un libro —no sé si se habrá arrepentido del título luego—, que se llamó *Manual de espumas*, y estaba de acuerdo con esa estética. ¡Tuvimos tantas discusiones sobre eso! Cansinos-Asséns rebatía sus tesis... Pero la gente se ha olvidado de esa escuela y Gerardo Diego también, pues escribió un libro, *Azores*, que no tiene nada que ver con las teorías de Huidobro...”

I

—*Quisiera que me hablara, en primer lugar, de la paradoja que significa para usted no poder leer cuando, como es sabido, su mayor afición han sido los libros.*

—Yo perdí la vista como lector el año 55, cuando el gobierno de la Revolución Libertadora me nombró director de la Biblioteca Nacional. Escribí un poema, titulado *Poema de los Dones*, en el que recordé que un ilustre predecesor mío, (Paul) Groussac, había ocupado igual puesto siendo ciego. Llegué a la Biblioteca y apenas podía descifrar —ahora ni siquiera eso— las carátulas y los lomos de los libros. Empezaba así: “Nadie rebaje a lágrima o reproche/ Esta declaración de la maestría/ De Dios, que con magnífica ironía/ Me dio a la vez los libros y la noche...” Yo, que me imaginaba al Paraíso como una especie de biblioteca, estaba rodeado de 900 mil volúmenes y de la imposibilidad de leerlos. Luego me pregunté si lo había escrito Groussac o Borges, porque sin duda habrá sentido lo mismo (“¿Cuál de los dos escribe este poema/ De un yo plural y de una sola sombra?...”), pero él fue más valiente que yo y no escribió ningún poema. Una vez escrito este texto, me fue revelado un hecho que me asombró y es que la dinastía era mucho más larga, porque hubo un director anterior, José Mármol, que también estaba ciego. Ahora, claro, si yo hubiera sabido eso no habría escrito el poema, porque no hubiera podido manejar tres persona-

jes; ya me costó bastante con Groussac y conmigo. De haber puesto a Mármol quizás hubiera fracasado por exceso de población.

—*En plan de recordar predecesores, no se puede dejar de pensar en Homero...*

—Desde luego, Homero, Milton... Oscar Wilde dijo una vez algo tan ingenioso como todo lo suyo: que cuando la Antigüedad imaginaba a Homero —quien posiblemente no existió o fue muchas personas— como un poeta ciego, lo que quería significar es que la poesía tiene que ser, ante todo, auditiva, y no visual. Aunque Homero era visual y Wilde también lo era... Ahora bien, desde que supe que no podía leer más, he preferido releer, de manera que estoy algo alejado de la literatura contemporánea. Viene gente aquí y entonces, si saben alemán, leen las obras de Schopenhauer; en el año 1916 yo me enseñé alemán para leerlas en su versión original, pues ya las había leído en inglés... Cuando perdí la vista como lector pensé, bueno, yo no puedo abundar en lo que Kipling llamaba una “sonora autolástima”. No voy a compadecerme, debo empezar a hacer otra cosa e inicié mis estudios de inglés antiguo con un grupo de estudiantes que trabajaron conmigo. Esto no tiene que ser el final, sino el principio de algo nuevo; y eso me ayudó a olvidarme que estaba ciego.

El Padre Nuestro y la métrica

De pronto, Borges cambia abruptamente de tema:

—A toda la gente que viene aquí —afirma, movido por una suerte de súbito fervor lúdico— yo la someto a un examen, no a un examen (se corrige), a una prueba, que es ésta: Voy a decirle algo, que usted sabe de memoria, en anglosajón, y usted va a decirme qué es. ¿Sabe inglés? —pregunta, y ante la negativa no se da por vencido, sino que insiste—: Entonces va a serle más difícil, pero quizás se dé cuenta por el tono en que lo diga: *Fater ure...* —pronuncia, con áspera entonación nórdica. Lo repite dos veces y finalmente, como un niño travieso que acaba de jugarnos una buena broma, dice—: Es el Padre Nuestro (y lo reza en inglés): *Our father...* —Es un inglés puramente germánico, más sonoro que el inglés actual, porque tiene vocales abiertas...

—*¿Fue usted alguna vez un joven iconoclasta?*

—Bueno, todos los jóvenes suelen serlo. Pero leí luego una frase, creo que en el prólogo del *Lunario Sentimental*, de Lugones —una obra revolucionaria, por cierto, que ensayaba nuevos métodos, nuevas metáforas

y un vocabulario diferente al que se usaba en aquel entonces, en 1907—, y en ella decía que un innovador debe demostrar que puede manejar bien las formas antiguas. Por ejemplo, yo no tengo ningún oído musical, y tampoco sé dibujar ni combinar colores. Si me obligaran a ser músico, pintor o dibujante, tendría que ser iconoclasta, porque otra cosa no podría ser, ¿no? Ahora, yo creo que, en materia literaria, quizás lo más difícil sea el verso libre. A mí me parece que las formas clásicas son más fáciles. El primer libro que yo publiqué, *Fervor de Buenos Aires*, en el año 1923, estaba escrito en verso libre, porque no sabía que era mucho más difícil. Para emplearlo, hay que tener mucho oído. Escribiendo en verso libre, usted no puede poner, por caso, dos endecasílabos seguidos, pues esa forma puede derivar en un soneto, de manera que tiene que variar continuamente.

Chile, Neruda y Whitman

Cuando se entera que su interlocutor es chileno, Borges dedica una reflexión a ese país que le resulta cercano no sólo por la geografía, sino también por la sangre. “Acá tengo el retrato —muestra con la pasión de quien siente profundo orgullo y respeto por sus ancestros— de mi bisabuelo, el coronel Isidoro Suárez, que se batió en Chile, en Maipo y Chacabuco. Y soy sobrino nieto de Soler, que mandó la vanguardia del cruce de los Andes. Firmé una declaración contra la idea absurda de una guerra con Chile, y eso me valió perder de algún modo la amistad del almirante Isaac Rojas. Quiero decir, nos hemos visto después cinco minutos, y él estuvo cordial conmigo y yo con él, pero, en fin, yo noto que me siente un poco lejos. Ahora, dígame: ¿existe todavía el peligro de una guerra o ya no? Voy a contarle una frase de una señora nacionalista, partidaria de la guerra con Chile, muy católica. Me dijo: “Creo que no hay razón alguna para acatar el dictamen de Su Santidad (por el asunto del Beagle)”. ¿No es gracioso?”

—Yo quiero mucho a Chile —añade—. Estoy deseando volver. He sido muy amigo de María Luisa Bombal, de sus hermanas Loreto y Blanca; de Joaquín Edwards Bello, un excelente escritor; de Vicente Huidobro y de Pablo Neruda. Y hay un poeta que yo admiraba mucho y que creo que ha sido olvidado: (Angel) Cruchaga Santa María. Tiene versos muy lindos, ¿no?: “Lloró el evangelista sobre los cuatro vientos del mundo...” La última vez que Neruda estuvo aquí me invitó al Hotel Plaza, donde estaba alojado, pero él era embajador de Chile, y si yo hubiera ido, eso hubiera tenido un sentido político ya que representaba a un gobierno comunista. Yo era con-

servador, pero no estoy afiliado a ningún partido ahora. Es un gran poeta Neruda. Le voy a decir una cosa: yo abomino del comunismo, pero el comunismo fue útil para su poesía. Sin esa convicción política, quizás hubiese seguido siendo un mediocre poeta romántico, el de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; así como la democracia fue un estímulo muy benéfico para Walt Whitman. Quiero decir: la democracia es un error, el comunismo también*. Pero fueron estímulos para dos grandes poetas como Whitman y Neruda, que de algún modo proviene del estadounidense.

—¿En qué sentido se identifica usted con el sensual Whitman, a quien incluso tradujo, siendo que su mirada es mucho más ascética y 'literaria' que la de este poeta, que es uno de los epítomes del vitalismo?

—Cierto. Yo no sé, pero en el caso de Whitman —lo he dicho en un artículo y vuelvo a repetirlo— siento que el Whitman que admiramos es un poco un personaje creado por él mismo. Parece que el Whitman histórico era diferente. Uno piensa en él y se imagina a ese vagabundo divino y dueño de una gran felicidad. Aunque parece que efectivamente llevó una vida bastante desdichada, una vida mediocre. Cervantes no es Alonso Quijano, menos Don Quijote, pero Cervantes crea a Don Quijote. Bueno, un periodista de Brooklyn, en el año 1855, inventa a este Walt Whitman y le da su nombre, pero es otra persona. Yo hablé una vez con Neruda, hace muchos años, y él creía que no podía hacerse nada con la lengua castellana. Eramos jóvenes los dos y le dije: “Claro, ésa es la razón por la cual no se ha hecho nada, por la cual no hay literatura española”. Y él dijo: “Creo que con el inglés puede hacerse algo”. “Por cierto —le contesté—, y se ha hecho, además”. Y seguimos jugando con esas posibilidades. Pero su destino y el mío era la lengua castellana, y tuvimos que aceptarlo.

* De sobra es conocida la notoria aversión de Jorge Luis Borges, como ciudadano, al peronismo. Esta antipatía se explica, pues tanto él como su familia fueron perseguidos durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón. No resulta extraño, entonces, que para el escritor la figura de Perón fuera fácilmente asimilable a la del despótico Juan Manuel de Rosas, y que fuera por extensión, además, extremadamente crítico de la democracia como sistema político, debido a que las urnas habían abierto paso en su país a la entronización de ese odiado populismo. Las citas que siguen, recopiladas por Carlos Stortini, en su *Diccionario de Borges* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986), dan cuenta de su desconfianza hacia la democracia, sentimiento que sin embargo se fue atenuando con los años a la luz de los vaivenes de la zarandeada historia argentina: “La democracia es un abuso de las estadísticas; a menudo otorga el poder a quien no lo merece” (1978); “Las elecciones deben ser postergadas 300 ó 400 años, pues se necesita no un gobierno de hampones democráticos, sino un gobierno honesto y justo” (1978); “Las elecciones son siempre peligrosas, ya que no triunfa el más apto, el que tiene un programa más coherente, sino aquellos que se muestran más demagógicos” (1981); “La democracia es, por ahora, nuestra única esperanza; nunca será tan insensata como un golpe de Estado” (1983).

Deuda con Rubén Darío

—¿*El idioma español se ha desarrollado, a su juicio, en términos literarios, en países periféricos como los de América Latina?*

—Pero desde luego. Pienso que uno de los acontecimientos más importantes de la literatura española es el modernismo. Con Darío, Jaimes Freyre, que era boliviano, Lugones, argentino, y algún mexicano, ese movimiento inspira luego a grandes poetas españoles como Juan Ramón Jiménez y los Machado. Ya desde fines del siglo XIX, América ejerce influencia en este campo sobre España. Pero no digo esto contra España: es un hecho histórico. Quizás Antonio Machado haya sido superior a Darío y Lugones, pero su obra no hubiera sido posible sin la de ellos. Que es lo que pasa con los poetas gauchescos; porque, si hay un poeta mediocre, ése es Bartolomé Hidalgo, pero sin Hidalgo hubiera sido imposible Ascasubi, y sin Ascasubi no se explica a Hernández... Esa libertad de la que gozamos ahora: el hecho de poder elegir metros, vocabulario y metáforas; todo eso procede del modernismo, cuyo padre es Rubén Darío. He conversado cinco o seis veces con Leopoldo Lugones, que era un hombre huraño, hosco, muy autoritario, con quien era difícil el diálogo, y cada vez que charlamos desviaba la conversación para hablar, con su tonada cordobesa, de “mi amigo y maestro Rubén Darío”. Con eso reconocía la relación filial que lo unía al nicaragüense. De hecho, su *Lunario sentimental* está dedicado a Darío...

—*Me interesa su opinión sobre dos poetas argentinos: Francisco López Merino y Almafuerte (Pedro B. Palacios), que escribió aquellos versos que comienzan diciendo: “No te sientas vencido ni aun vencido...”*

—Bueno, López Merino era un poeta menor, ¿no? Pero yo creo que la poesía menor es un género, así como la poesía épica o lírica, y es un género al cual no hay razón alguna para rechazar. Ahora, en el caso de Almafuerte... creo que la literatura de este país ha producido dos hombres de genio: Sarmiento y Almafuerte. Desde luego, este último es autor de mucha poesía mala, pero eso puede decirse de todos los poetas. Chesterton decía: Yo me comprometo a hacer una antología de los peores versos de la literatura inglesa, siempre que me dejen incluir a Shakespeare, a Milton, etcétera... Almafuerte es interesante, especialmente, por su ética. Yo pensaba escribir un libro sobre él, desarrollando lo que está más o menos bosquejado en la obra de este gran poeta genial e inculto a la vez. Yo recibí la revelación de la poesía, parcialmente, gracias a él. Recuerdo que Evaristo Carriego, estando un domingo en casa, recitó *El misionero*. El era amigo de Almafuerte y se lo sabía de memoria. Ese largo poema me hizo sentir la

presencia de la poesía. Carriego empezó imitando a Almafuerte, cuando escribió aquel poema al que llamó “Los lobos”: “Una noche de invierno tan cruda/ Que se vio en un portal la miseria..” —recita Borges, con su espléndida memoria—. En una ocasión —recuerda, dando otra vívida prueba de ella—, Pedro Palacios dijo de Lugones: “Quiere rugir, pero no puede. Es un Almafuerte para señoras...”

En cuanto a López Merino, yo era muy amigo de él. Recuerdo que estuvo en nuestra casa —vivíamos en Quintana y Montevideo— unos días antes de su muerte, y cuando íbamos a encaminarlo a la parada del tranvía 38, que lo dejaba en Constitución, donde tomaba el tren para La Plata, dijo: Quiero despedirme del doctor Jorge Guillermo, que era mi padre, un abogado. Él estaba descansando, y se levantó para decirle adiós, sin saber que era la despedida definitiva, ya que a la semana recibimos la noticia de su suicidio. Se dice que se mató en el Bosque, pero me parece que no es así. Él acabó con su vida, tengo entendido, en el sótano del Jockey Club.

Vida, muerte y religión

—*¿Ha pensado alguna vez en el suicidio?*

—Muchas veces. Cuando uno es joven quiere ser un personaje trágico como Raskolnikoff. Ahora me he dado cuenta que era superfluo en aquel tiempo estar continuamente suicidándome, ¿no? Sin embargo, cuántos escritores se han suicidado en este país: Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, López Merino... Siendo el hombre dueño de su vida lo es también de su muerte, escribió Lugones veinte años antes de dispararse un tiro, en el Tigre. Ahora, los católicos dicen que no es así...

—*En múltiples ocasiones usted se ha declarado agnóstico. ¿Sigue siendo escéptico en relación a la existencia de Dios?*

—Sí. Aunque mi padre me dijo en una ocasión que este mundo es tan raro que todo es posible, hasta la Santísima Trinidad... No merezco castigos ni premios eternos. Mi vida es efímera comparada con la suma del tiempo. ¿Cuánto he vivido yo? Ocho décadas, cinco segundos o menos en la historia... Suele venir a verme un señor cada tanto tiempo que me propone que me convierta a la fe católica y también, curiosamente, al fútbol. Su idea es que lo acompañe por la mañana a la iglesia, que luego vaya a comer con unos amigos suyos a los que no les interesa absolutamente nada la literatura —son todos empleados de banco—, y por la tarde ir a ver un partido de fútbol. Son tres formas del tedio, diría yo, ¿no?

—*¿Se propuso en alguna ocasión ser famoso?*

—No, nunca estuve interesado en serlo y, sin embargo, parece que lo soy. Cuando yo era chico se usaba mucho el término francés *raté*, que quiere decir fracasado. Se decía: fulano de tal tiene talento, pero es un *raté*. Y yo me preguntaba, caramba, ¿llegaré yo a ser siquiera un *raté*? Lo que ya me parecía que era mucho, ¿no?

—*¿Borges le teme a la muerte?*

—No, en absoluto. Aunque parece que en mi caso se ha demorado demasiado. La Biblia aconseja setenta años, y yo ya he superado los ochenta. Pero al mismo tiempo me gustaría, sí... Querría que me fuera deparado siquiera un año más de vida. Para escribir algunas cosas y, sobre todo, viajar al Oriente que no conozco: China, la India, Pakistán, Irán... Son países en los que me agradecería estar físicamente, pese a que no pueda verlos.

—*“Vida y muerte faltaron a mi vida”, escribió alguna vez, como si lamentara cierta falta de plenitud en ella...*

—Eso forma parte del prólogo de un libro mío de ensayos, *Discusión*, de 1932. Aunque debo reconocer que cuando escribí eso estaba equivocado. Lo que ocurre es que —salvo mi abuela inglesa (Fanny Haslam), cuya familia era de predicadores metodistas— mi ascendencia ha sido, en su mayor parte, de militares. Y he llegado en un momento a envidiarlos, a pensar que ellos tuvieron una vida más plena que la mía. Después de todo, Suárez comanda una carga de caballería a los 26 años. Mi abuelo, el coronel Francisco Borges, se hace matar en La Verde. Soy uno de los miles de descendientes de don Juan de Garay, uno de los fundadores de Buenos Aires, y otro antepasado mío se batió a las órdenes de (Pedro de) Mendoza. Pero, ahora, creo que no... Creo que, posiblemente, mi vida, por el simple hecho de recordarlos, sea tan intensa como la de ellos. Además, las experiencias no importan; lo importante es qué hace uno con ellas.

Destino literario

—*De no haber sido escritor, ¿se imagina cumpliendo otro rol en la vida?*

—No concibo otro destino que el literario para mí. En todo caso, el de lector, ya que quizás haya sido una imprudencia mía escribir. Pero no me imagino sino leyendo y escribiendo, lo cual no quiere decir que crea que lo que escribo es bueno: no veo otro destino posible para mí. Ahora, desde luego, si pudiera ser matemático tal vez sería más lindo. Siempre me

interesaron las matemáticas, pero soy un pobre matemático. De aritmética nunca entendí; en cambio, soy un buen algebrista...

—*Hay artistas que, en determinado momento, se arrepienten de algunas de sus creaciones. En su caso, ¿de qué se arrepiente? ¿Cuáles son las obras de las que reniega?*

—Mis editores me propusieron la publicación de mis obras completas. Comencé rechazando la idea. Pero luego pensé: es el único modo que tengo de librarme de dos libros míos, de cuyo nombre no quiero acordarme, no incluyéndolos en esta selección. Porque si no la gente puede seguir pensando que estos libros me representan. Y así lo hice.

—*Cómo querría ser recordado en el futuro, ¿como poeta o como narrador?*

—No, yo espero ser olvidado por las generaciones futuras. Quizás, me veo esencialmente como poeta, aunque tal vez mis cuentos sean superiores a mi poesía. Los poetas dicen que soy un narrador intruso en la poesía, y los prosistas dicen lo contrario; entonces, ¿quién tiene la razón? Sin embargo, pienso que hay un par de cuentos y poemas míos que pueden sobrevivir en las antologías, que no me deshonran. *Poema conjetural* sería uno de ellos. Fue publicado durante la dictadura [se refiere al primer gobierno de Juan Domingo Perón, entre 1946 y 1955] y tiene dos sentidos, porque me refiero a Francisco Narciso de Laprida, pero también a lo que estaba aconteciendo entonces, pues Laprida dice: “Al fin me encuentro con mi destino sudamericano”, y vencen los bárbaros. Toda mi obra podría reducirse, en todo caso, a dos libros, lo que tal vez sea excesivo. Yo diría que, en poesía, *Historia de la noche*, y en prosa, *El libro de arena*; aunque probablemente yo los mencione porque son lo último que he escrito y me siento más cerca de estos textos. Si hubiera que buscar algo anterior, me quedaría con el libro de poemas *El otro, el mismo*, y con *El aleph*, en prosa.

Intermezzo con gato y dictado

La súbita irrupción de Beppo, el gato blanco de Borges, ayuda a distender la charla. Por un momento se dejarán de lado los temas trascendentales y el diálogo (o cuasi monólogo, para ser más justos) se hará más circunstancial e inmediato.

—Nadie cree que los gatos son buenos compañeros, pero lo son. Estoy solo, acostado, y de pronto siento un poderoso brinco: es Beppo, que

se sienta a dormir a mi lado, y yo percibo su presencia como la de un dios que me protegiera.

—*Los antiguos egipcios los veían como divinidades, ¿no?*

—Es cierto, y hasta hay momias de gatos sagrados.

El fotógrafo, en tanto, lo acribilla con su cámara, en procura de todas sus expresiones. Los fogonazos del flash no hieren las pupilas claras de Borges, pero el ruido que hace el disparador termina por arrancar de sus labios un comentario socarrón. “Caramba —dice—, tenemos un fotógrafo muy pertinaz”. Y es su única queja, frente a un asedio que no deja de ser inquietante. Es que este señor que está enfrente nuestro hace de los buenos modales y la caballerosidad un auténtico culto. Tanto, que soporta el inclemente calor de la tarde porteña de riguroso traje marrón y corbata al tono. Una evidencia de su correcta asimilación de la filosofía de los estoicos, pues el termómetro marca 27,6 grados y la humedad es de más de noventa por ciento.

—*Sin ánimo de indiscreciones molestas, ¿cómo transcurre un día de su vida?*

—Bueno, por lo general, un hombre a los 80 años ha perdido a la mayoría de sus amigos. Fuera de Bioy Casares, de Alicia Jurado, de María Kodama (con quien contraería después matrimonio en Ginebra el 26 de abril de 1986), de Esther Zemborain, no frecuento a casi nadie. No sé por qué se cree que conozco a mucha gente. Me desafilí de la Sociedad Argentina de Escritores, la que presidí dos veces. Y aunque pertenezco a la Academia Argentina de Letras, no voy nunca. Debería ir porque pagan cada sesión y dan un café con leche riquísimo...

La observación es bastante burlona, muy propia de su estilo zumbón e irónico. Luego viene la inesperada confesión: “Un día mío es a veces un día de soledad, pero en ocasiones tengo la suerte de encontrar amigos como ustedes que vienen a visitarme”.

Esa demostración de confianza y familiaridad nos desconcierta. Y la sorpresa será mayor aun al minuto siguiente cuando, en virtud de una sugerencia suya, nos convertimos de periodistas en amanuenses: “Dígame, ¿tiene un lápiz por ahí? Voy a dictarle unas líneas. Busque un block que está sobre ese escritorio...”

Nos apresuramos a encontrarlo. Damos con un poema a medio terminar y le agregamos la línea que el escritor nos dicta con voz trémula,

íntimamente emocionada: “O el inglés de aquella Biblia que mi abuela recorría frente al desierto...”

“Si yo pudiera —dice, a modo de disculpa por la brevísima interrupción—, tendría una secretaria, pero no tengo medios para ello. Sólo vivo de mis pensiones, una como director de la Biblioteca Nacional y otra como profesor de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y de algunos ahorros.”

El Japón, una esperanza

Borges retoma el hilo de la conversación y, hablando con el entusiasmo de quien ha recibido una verdadera revelación, se refiere a su reciente visita a Japón:

—Fui invitado por la Japan Foundation, que es una rama del ministerio de Educación, y recibí este honor con gran asombro. Me habían operado de la próstata, hace cinco meses, y le pregunté al médico si me autorizaba a hacer el viaje. Él me dijo: “No, no se lo autoriza; usted tiene que hacerlo, es parte de su recuperación”. De modo que emprendí este viaje extraordinario a ese país tan antiguo y de refinada cultura, donde cada día era una sorpresa. Les pedí que no me dijeran nada, que no me adelantaran el programa. Sólo prefería saber que el día siguiente sería distinto al anterior; y así recorrí varias ciudades: Tokio, Nagano, Kyoto, Osaka, Yokohama... Descubrí allí que la polémica era imposible: se entiende que uno debe estar de acuerdo con el interlocutor; estar en desacuerdo es una forma de descortesía.

—*A propósito de polémicas, usted ha dicho que Latinoamérica, como concepto, es un mito. Que no existen los latinoamericanos como categoría, sino que hay chilenos, uruguayos, costarricenses, etcétera...*

—Sí. Y hay otro concepto que yo quiero mucho, aunque sospecho que también lo es: el de Oriente. Conversé con un señor japonés que me contaba que había viajado por Estados Unidos y Europa, pero que él no olvidaría nunca Persia. Claro —le dije yo—, Persia, los sufíes, Omar Khayyam... “No —me contestó—, no es eso. Yo era joven, era la primera vez que salía del Japón y allí sentí por primera vez la presencia de Occidente. Y, para nosotros, Persia es Oriente”. Qué raro, ¿no? Sin embargo, ahora que he visitado Japón pensé que quizás el Oriente puede salvarnos. Porque allí la cultura occidental alcanzó su punto máximo. Todo lo que fuera mecánico era nuevo para ellos y llegaron a hacer mejores cámaras, telesco-

pios o grabadores que los americanos o alemanes, con una calidad superior. Y al mismo tiempo se siente que la cultura tradicional japonesa no es un fósil. De modo que no es menos viva la estatua de un Buda que la industrial ciudad de Osaka. Unieron varias épocas en un solo tiempo incluso, sin ninguna discordia...

Anglofilia y eurocentrismo

—*Hablemos de su eurocentrismo. Usted ha dicho que hay que volver los ojos a Europa y que muchos sudamericanos no son más que europeos desterrados...*

—Ah, yo creo que sí. Que es una lástima que Europa haya perdido lo que tenía. Pero tuvo dos guerras civiles, que se llamaron guerras mundiales, y es indudable que ha declinado. Por otra parte, Estados Unidos y Rusia, que aparecen como potencias dominantes, son en este siglo dos países mediocres. Aunque Europa tiene la culpa por haber cedido su lugar. Si sus habitantes hubieran pensado hacer lo que Nietzsche quería: ser buenos europeos; pero no, insistieron en ser alemanes, ser ingleses, ser franceses...

—*Hay intelectuales de su país, vinculados a sectores nacionalistas, que lo acusan de anglófilo. ¿Qué dice frente a esto?*

—Sí, yo quiero mucho a Inglaterra. Un cuarto de mi sangre, la heredada a través de mi abuela, Fanny Haslam, es inglesa. Por otro lado, tengo sangre española, en su mayor parte; luego, portuguesa, y alguna sangre judía. Pero yo no quiero a Inglaterra contra otros países.

—*Retomemos un asunto que ya abordamos. ¿Cuáles son, en su opinión, las principales diferencias entre el idioma inglés y el español como herramientas expresivas?*

—Yo veo dos. El inglés es mucho más flexible que el castellano, permite un juego muy libre de verbos con preposiciones. Y luego el inglés tiene otra virtud: se lo clasifica como una lengua germánica, pero de hecho es a la vez latina y germánica, de manera que se puede hacer un juego continuo entre los dos modos. Uno puede decir, por ejemplo, *fratern* o *brother*. Ahora, el castellano tiene un porcentaje considerable de palabras árabes, pero desgraciadamente no las sentimos como árabes. Y si las sintiéramos, eso nos permitiría un juego literario. Quiero decir, la palabra aljibe es eminentemente árabe, pero si yo, en lugar de aljibe, digo cisterna o digo pozo he dicho lo mismo. En cambio en inglés se siente mucho la diferencia entre las palabras latinas, que son largas, y las sajonas, que son breves. Ése

es uno de los grandes recursos de la lengua inglesa, el hecho de que tiene esos dos manantiales, esas dos fuentes.

—*¿Cuál es su autodefinición, desde el punto de vista político?*

—Bueno, yo soy individualista. Soy partidario de Spencer, que escribió *El hombre contra el Estado*. Y pienso que actualmente, en todos los regímenes, no sólo en sus expresiones más extremas, como el nazismo y el comunismo, el Estado está anulando al individuo. Eso lo veo en pequeñas cosas. Por ejemplo, en el año 1914 mis padres fueron a Europa. Yo tenía quince años y fui con ellos. Hicimos el viaje en barco. Salimos de Buenos Aires y llegamos a Bremen, dos semanas después. En aquellos tiempos no había pasaportes ni cédulas, y no había que presentar ningún papel para viajar. Actualmente es peligroso salir a la calle sin documentos. Spencer escribió este libro, y el estímulo inmediato para él fue el hecho de que el gobierno inglés había adquirido los ferrocarriles. Y él dice: “Esta medida es mala, es mejor que pertenezcan a compañías privadas, así va a haber competencia; en cambio, ahora que serán estatales, ustedes verán que serán impuntuales y los viajes serán más costosos”.

—*¿Cómo definiría, por su parte, al ser nacional argentino?*

—Es que no sé si podemos definirnos todavía, porque somos demasiado recientes; toda nuestra historia es tan breve. He comprobado, sí, algo que me ha sido grato, y repito que no soy nacionalista. Yo he recorrido toda la América del Sur, excepto Venezuela, que me falta, y en todas partes he visto que la gente tiene sus ojos puestos en Buenos Aires. Es muy raro eso. Me preguntaban sobre la calle Corrientes; no tiene nada de particular, les decía yo. O háglenos del tango, aunque éste está un tanto olvidado ahora, incluso en Japón. Y yo les pedía hablar poco de él, porque a mí el tango no me interesa mayormente.

Galaxia Gutenberg

—*Usted dijo que la imprenta había sido uno de los mayores males de la humanidad. Me imagino que es otra de las boutades con las que suele provocar a los periodistas.*

—Cuando surge la imprenta fue vista como un mal por mucha gente. Había un marqués italiano que se jactaba de no tener un solo libro impreso en su biblioteca. Quería que todos fueran manuscritos, lo que es explicable dado que los primeros textos impresos deben haber sido bastante feos. Y en Japón, la caligrafía es un arte muy admirado; se escribe con pincel y tinta china...

—*Pero debe haber algo, sin duda, que disculpe la existencia de la imprenta.*

—Desde luego. Mi casa está llena de libros, como usted puede ver. Yo no hubiera leído lo que he leído si no hubiera sido por la imprenta.

—*De lo que se desprende que nunca sus opiniones deben ser tomadas al pie de la letra...*

—Toda generalización es un error, aunque ya estoy generalizando; decir eso ya es demasiado general. Goethe decía que había que anteponer a todo libro una página con adverbios como ‘tal vez’, ‘quizás’, y frases como éstas. En mi opinión, si se quiere, eso tendría que agregarse a toda clase de libros. Pero, claro, cuando uno escribe no puede hacer eso porque sale muy pesado. De hecho, no habría que decir dos y dos son cuatro, sino dos y dos tal vez son cuatro o, en mi opinión, dos y dos quizás sean cuatro...

—*Volvamos a la poesía. Usted evidentemente no considera, como Rimbaud, que el poeta deba desordenar sus sentidos para alcanzar la iluminación. Salvo su etapa ultraísta, lo suyo es la contención, no el desborde.*

—Rimbaud tiene *El barco ebrio* y nada más. En el caso de Edgar Allan Poe o de Thomas de Quincey, uno nunca sabrá, ¿no? Para uno de ellos, el opio; para otro, el alcohol... ¿fue un estorbo o un instrumento necesario? Posiblemente, haya sido esto último, y la desdicha ciertamente lo es, porque es mucho más rica que la felicidad. La felicidad, bueno, ya es un fin en sí misma. Y, en cambio, la desdicha tiene que ser transmutada en arte, ¿no es verdad? Yo creo que no se puede concebir el arte sin el dolor o, al menos, sin la emoción. Suponer que la literatura es un mero arte verbal es, a mi juicio, un error. No sería más que un juego de palabras.

Buenos Aires, mítico y real

—*Si hay alguna presencia constante en su obra, ésa es la de Buenos Aires. Usted vivió siete años en Europa, pero a su regreso la redescubre, y le dedica su primer libro de versos. “A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:/ La juzgo tan eterna como el agua y el aire...”, sostiene en otro de sus textos. Hábleme de su ciudad.*

—Nací en el centro, en la calle Tucumán, entre Suipacha y Esmeralda, a dos cuadras de Florida. Y toda la manzana, salvo el almacén, era de casas bajas; ese tipo de casas que se conservan ahora sólo en San Telmo. Y todas tenían patios, ventanas con barrotes de hierro, zaguanes, azoteas y aljibes. Luego, mi familia se mudó a Palermo, que en aquella época estaba

en el borde norte de la ciudad y era un suburbio con gente de costumbres poco recomendables. Rufianes, cuchilleros, compadritos... Ese tipo de gente. También hemos vivido en el sur, en el barrio de Montserrat, en México y Bolívar. Siempre que pienso en Buenos Aires, pienso sobre todo en ese lado. Y pasábamos los veranos más al sur aún, en Adrogué, en una casona grande, la Rosalinda, con un gran terreno y aroma de eucaliptus.

—*¿Le agrada recorrer el Buenos Aires de hoy, tan distinto al de sus evocaciones?*

—Bueno, es que ahora no puedo hacerlo. Estoy ciego. Tengo que salir necesariamente con alguien. Pero el médico me ha dicho que debo caminar al menos diez o quince cuadras por día, y es lo que trato de hacer, en lo posible. Antes yo caminaba muchísimo. Hemos llegado alguna vez, con el poeta Francisco Luis Bernárdez, desde el centro hasta Villa Urquiza. Desde Boedo y San Juan hasta el Puente Alsina, o desde el centro hasta la Chacarita. Éramos grandes paseantes. Caminábamos por todos los barrios extremos, por lo que se llamaban las orillas: Saavedra, Barracas, en fin... Actualmente, no puedo cruzar una calle solo, sería una imprudencia. Veo luces y sombras; no veo nada más.

El amor, el cine, las mujeres

Se acaba la cinta de la grabadora y hay que encomendarse al bolígrafo para registrar, librados al azar del vuelo de la pluma, los últimos conceptos de Borges, que salta de un asunto a otro con asombrosa agilidad y lucidez implacable. De pronto, reincide en un tema recurrente, el Japón, país que lo ha impresionado gratamente. “Es increíble la urbanidad de esa gente”, comenta, y da un ejemplo que pone de relieve su exquisita cortesía: “Se hacen regalos para los cumpleaños y el homenajeado no los abre hasta mucho tiempo después para demostrar que no se deja llevar por la vulgar codicia y que lo importante es el hecho en sí de regalar...” Al pedírsele un consejo para los escritores noveles, reitera “el mismo que alguna vez me diera mi padre: que lean mucho, que sólo escriban llevados por una íntima necesidad y que no se apresuren a publicar”.

Cuando se le pregunta a su vez sobre el amor, ese tópico tan frecuentado por poetas y poetastros de los más disímiles pelajes, Borges opta por una misteriosa discreción. Sólo apunta que “no recuerdo ninguna época de mi vida en la que no estuviera enamorado. Soy feminista, y me parece absurdo que se le cierren puertas a la mujer. En mi vida literaria, incluso, tuvieron mucha intervención. Después de la Revolución Libertado-

ra, yo quería ser sólo director de la biblioteca de Lomas de Zamora (un suburbio situado al sur del Gran Buenos Aires), pero Esther Zemborain y Victoria Ocampo insistieron en que aceptara la dirección de la Biblioteca Nacional”.

Afirma que en algún momento le interesó mucho la pintura, y que sus favoritos eran Rembrandt y Velázquez. “El cine también —agrega—, pese a que cuando empezó a tener sonido creíamos que se moriría irremediablemente, aunque por fortuna no fue así. Hace poco oí *El desierto de los tártaros*, que me gustó mucho; y sigo considerando a *Psicosis*, de Alfred Hitchcock, un filme extraordinario...” Finalmente, alude a la figura de Gardel; y cuando informa que este otro personaje central de la mitología bonaerense nació “en Toulouse, como Groussac, y nunca quiso cambiar de nacionalidad”, la empleada reaparece en la sala para anunciar la visita de la hermana del escritor. En rigor, la pintora Norah Borges hace antesala desde hace un buen rato en un pequeño recibidor, aislado por una mampara de cristales biselados, que separa al living del hall de entrada.

Ha llegado, pues, nuestro turno de ser corteses y nos despedimos de Borges, quien nos acompaña hasta la puerta. Como en uno de sus relatos, sentimos que emergemos de un sueño, de una de esas pesadillas circulares en las que siempre es difuso el límite entre ficción y realidad. Somos Juan Dahlmann, saliendo a encontrarse con su sino en un duelo a puñal en la llanura. O Hengist, el mercenario nórdico, reclutando a su armada para formar un imperio aún innominado, en el año 449 antes de Cristo. El general Quiroga yendo en coche al muere o el doctor Francisco Narciso de Laprida huyendo, desmontado, de los gauchos. El hombre de la esquina rosada y Pierre Menard, autor del Quijote, entreverados con Funes el memorioso. Uno *es* el otro: pues, como el propio Borges dijera, no existen identidades fijas en ese reino de la ambigüedad que es el de las letras: “Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor...”

II

La transcripción de la cinta del segundo diálogo con Borges confirma la certeza del mito del eterno retorno: los temas, sin que existiera ninguna premeditación al respecto, fueron de alguna manera los mismos que se abordaron en la primera charla. Apenas variaron ciertos énfasis en las aproximaciones o enfoques que de ellos se hicieron. De cualquier forma, su conocimiento es útil, pues redondea en forma cabal la visión de este

autor con relación a ciertos asuntos que ocupaban su atención de modo preferente. Lo que sigue es la textualidad de sus respuestas, despojadas de la molesta presencia de preguntas que, sin duda, están de más:

El verso libre:

—El verso libre no es fácil, salvo que tome uno la precaución de ser Whitman o Neruda. Si uno no es uno de ellos, suele ser una ficción tipográfica. Stevenson dijo que si logramos una unidad, que puede ser el hexámetro o el endecasílabo, basta repetirla. En cambio, en prosa, si usted escribe “En un lugar de la Mancha...”, tiene que inventar lo que viene después, que corresponde a otro sistema métrico. Para él y Mallarmé, la prosa vendría a ser la forma más compleja y difícil del verso. Creo que Mallarmé fue el que dijo que desde el momento que uno tiende a la eufonía, a la variedad y agrado de los sonidos, está versificando.

El laberinto:

—Siempre tengo la misma pesadilla que toma distintas formas: es la pesadilla del laberinto. Su primera forma puede ser cualquiera: una calle, una habitación, un paisaje de ciénaga o un bosque. Pero, curiosamente, cuando sueño soy patriota: estoy todo el tiempo en Buenos Aires. Hace poco tuve un sueño muy disparatado: soñé con pantanos en los que había andamios, aunque sabía que era la esquina de Alsina y Chile. A veces, si no, paso de esta habitación al corredor, pero descubro que allá sigo estando en este cuarto, y así sucesivamente. Casi todas las pesadillas que tengo son éstas: estar perdido en un lugar que se repite o no poder llegar a cierto sitio.

Pablo Neruda:

—Recuerdo que una vez Neruda dijo que si querían un candidato sudamericano para el Nobel, el más digno de recibir el premio era yo, y yo dije que era él, de modo que quedamos muy bien los dos. Después se lo dieron a él, con toda justicia, desde luego. ¿Las diferencias entre nosotros? Bueno, él hacía un tipo de poesía pública y yo trato de no hacer ese género, aunque es tan respetable como cualquier otro, desde el momento que Whitman lo practicó. Para Neruda, Whitman era ‘el’ poeta, y en su casa tenía incluso su retrato, pero a pesar de que traduje al castellano *Hojas de hierba*, creo que yo no iría tan lejos.

El modernismo:

—Sin esa libertad que trajo el modernismo, estaríamos muy atrasados, porque la poesía española de los siglos XVIII y XIX fue muy pobre realmente, y la renovación vino de aquí, de este lado del Atlántico. Juan Ramón Jiménez me dijo que algo nuevo les fue revelado por los modernistas, por gente como Darío o José Asunción Silva; y que resultaba extraño que estando España al lado de Francia, en realidad estaba más lejos que nosotros.

Amores:

—Le pregunté a mi hermana cuándo fue que se enamoró por primera vez, y me dijo que no se acordaba, porque estuvo enamorada desde chica. A mí me sucedió lo mismo. Salvo que los amores han cambiado, como es natural, pero cada uno de ellos fue único; no hubo dos a un tiempo. Fueron sucesivos e irreemplazables en su momento.

La inspiración:

—En cualquier momento del día o de la noche, sé que algo va a ocurrir, y eso que ocurre puede ser una confusa revelación: la de un argumento, por ejemplo, y por lo general siempre conozco el principio y el fin del cuento. Yo no busco los temas: dejo que ellos me busquen a mí, y que me encuentren. Luego resuelvo si ese argumento transcurre en Buenos Aires o queda mejor en el Lejano Oriente, en qué lugar del tiempo y si lo debo hacer en primera o tercera persona.

Guerra de las Malvinas:

—Una cosa es el derecho de la República Argentina sobre las islas y otra es la invasión de las mismas. Pienso que se trata de dos asuntos muy distintos. Por desgracia, este hecho ha costado la vida de centenares de hombres honorables, no sólo argentinos sino también británicos, y el resultado es producto de esta confusión que no sé si ha sido hecha ingenua o maliciosamente.

Mujeres:

—Tengo pocos amigos y muchas amigas. Siempre hay algo en una mujer, en cualquier mujer —no es cuestión de estar enamorado o desearla—, algo como mágico o imprevisto. Son más sensatas y razonables que

nosotros, y también más sensibles, en general, a las formas, a los colores y a las palabras.

Diferendo del Beagle:

—Entiendo que desde el momento que se acepta un juez se acepta su dictamen, de manera que rechazarlo porque ese fallo resulta adverso es un desatino. Primero, se pronunció la reina de Inglaterra; luego, el Papa. Entonces, ¿quién falta? ¿El Dalai Lama?...

La lectura:

—No sé si soy un buen escritor, pero me jacto de ser un buen lector, lo cual quizás es más difícil. He cometido la imprudencia de escribir, pero si recobrara la vista no escribiría una línea más y me lo pasaría en este casa leyendo los libros que tengo tan lejos y tan cerca. James Joyce le dijo a una amiga mía, Elvira de Alvear: “El menos importante de los hechos que me ha ocurrido es la ceguera”. Pero, claro, estaba compadreado; dijo eso para darse valor. □